

Moisés Carmona R.
Templo de la Div. Prov.
José Arévalo s/n.
Acapulco Gro. - México.

29 de octubre de 1984

Ebrehard Heller

Munchen.

Estimadísimo:

Le escribo ésta para lo siguiente: Me llegó una carta de Alemania, carta que mandan unos religiosos: un sacerdote y un hermano. Me dicen que se han conservado fieles a la tradición de la Iglesia; pero que ahora su obispo se ha puesto de acuerdo con Roma y que celebra el Novus Ordo Missae y que reconoce a Juan Pablo II como Papa y que ellos no están de acuerdo, por lo que su obispo se ha separado de ellos. Por lo tanto no tienen obispo y andan en búsqueda de uno y me ruegan que yo les ayude y los tome como súbditos míos. "Es una gran petición, me dicen, ¡Ayúdenos..!"

Como no sé la lengua alemana, la mandé a Guadalajara para que allí me la tradujeran, la mandé con el sobre mismo en que venía. ¿Qué es lo que pasó? Que tradujeron la carta, me la mandaron y nunca me llegó y por desgracia la dirección venía en el mismo sobre que les mandé. Ahora ni como escribirles, ni como decirles que cuenten conmigo. Más todavía, me invitaban a que fuera a Alemania, si mi tiempo me lo permitía, para tener conmigo una conversación privada.

Siento muchísima pena con ellos porque dirán que no quiero contestarles o que no quiero brindarles el apoyo que me piden. Era una magnífica oportunidad que se nos presentaba; pues ellos sí podrían con toda seguridad encargarse de la formación de nuestros seminaristas. ¡Qué lástima que el sobre membretado se haya extraviado junto con la carta!

Quizá allá podrán Uds. localizarlos, aunque con muchísimo trabajo. El sacerdote se llama Agustino y el hermano, Bonifacio. En caso de que llegaran a tener alguna noticia de ellos, les agradecería con toda mi alma, me mandasen su dirección. Ellos son religiosos franciscanos.

Me despido de Ud. con un abrazo apretadísimo.

+ 

Se me pasaba decirle que el 24 de septiembre me asaltaron. Salí de Acapulco diez minutos antes de la una de la mañana. Serían las cuatro cuando pasamos de Ometepec y habríamos caminado como unos ocho o diez kilómetros solamente, cuando se escuchó el estallido del disparo. Poncharon la llanta trasera del jeep y luego nos rodearon cinco empistolados. Nos bajaron del jeep, nos hicieron cargar todas las cosas que llevábamos y nos hicieron caminar como una hora y media por entre charcos, espineras y alambradas. Al llegar a un paraje nos hicieron poner las cosas en el suelo, las registraron todas, nos registraron a nosotros y nos despojaron de todo, de todo, de todo y lo que más me dolió y sentí muchísimo, fue que me quitaron el hermoso anillo pastoral, gran recuerdo que Uds. me regalaron el día de mi consagración.

Estos asaltantes no eran guerrilleros; fueron hombres malvados, buscados y pagados por un cura progresista, el cura de Ometepec de quien son cómplices otros tres sacerdotes; Qué barbaridad! Están ardidados porque ya son diez pueblos que les he quitado y con ello intentaron espantarme para que no vaya más a celebrarles la MISA CATOLICA; pero a los ocho días volví y entonces supe que en Guadalupe Victoria, los progresistas hasta habían organizado un baile de alegría de que ya me habían liquidado. Este día lunes último de octubre, tocaba más mi visita a esos pueblos. Me hablaron por teléfono de Xochiltlahuaca que se rumoraba que iba a repetirse el asalto y que ahora sí me matarían, por lo que suspendí mi ida ahora; pero mañana sí que voy resuelto a todo, pero de ninguna manera renunciaré a llevar a esos pobres indios la Misa que tanto aman.

Uds. Me han abandonado. Posiblemente le creyeron al Sr. Zamora y le han dado la razón; pero falta el juicio de Dios y a él me atengo.

